

Sección cultural

# ¿Es correcto hablar de *Latinoamérica*? La llegada y consolidación del vocablo en la región

Irene López

Abril de 2024



## I. INTRODUCCIÓN

El conjunto de países pertenecientes a esta región ha recibido a lo largo de los años varias denominaciones. En ocasiones, el uso que se hace de los términos *hispano* o *latino* es indiferente, usándolos como sinónimos. En otras ocasiones, el uso de un término u otro ha causado gran controversia. No debe quitársele importancia a la controversia que esta cuestión sigue suscitando a día de hoy, especialmente en Estados Unidos. Así lo confirma el catedrático José Luis Vega, actual director de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, quien afirma que este debate es «debate ideológico de mucha actualidad en Estados Unidos. [...] en el ámbito estadounidense, está atravesado por fuertes y complejas corrientes de opinión»<sup>1</sup>. También el sociólogo Félix Padilla ha afirmado sobre esta cuestión que «Hispano o Latino significan cosas bastante distintas con connotaciones diferentes en las personas y que al margen de los significados que les den, la palabra Hispano y sus variantes tienen una gran carga emotiva, lo que causa amplia aceptación o rechazo por aquellos que reciben tal etiqueta»<sup>2</sup>.

Para abordar esta cuestión, es necesario tener en cuenta diferentes ámbitos. En primer lugar, hablaremos del motivo geográfico por el cual se discute la aplicación del término “Latinoamérica” sobre estos territorios. En segundo lugar, hablaremos de la corrección lingüística del uso del término *latino* en referencia a la región. Por último, hablaremos de los motivos político-estratégicos por los que el término llega, evoluciona y se afianza en el continente.

## II. APLICACIÓN AL ÁMBITO GEOGRÁFICO

Los defensores del término Latinoamérica -como el escritor James Bryce- basan parte de su argumentación en que este término se adecúa con mayor precisión que el vocablo Hispanoamérica a la región, puesto que engloba mejor a los francoparlantes de Hispanoamérica y a los brasileños lusófonos. No obstante, los defensores de la denominación Hispanoamérica, tales como J. Enrique Rodó, argumentan que la denominación de “hispano” no supone la exclusión de aquellos. Reconocido defensor de esto es también Camilo José Cela quien dice lo siguiente: «¿Por qué se huye de los términos Hispanoamérica e hispanoamericano, que se fingen entender en muy desvirtuador sentido, y se llega a la equívoca y acientífica aberración de llamarlos Latinoamérica y latinoamericano? [...] Recordemos a los americanos que hablan español [...] que todos, queramos o aun sin quererlo, somos hispanos o hispánicos, o iberos o ibéricos. [...] Ni hispanos ni Iberia quieren decir España, que es realidad y entidad mucho más moderna, sino que señalan la entera Península Ibérica.»<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Castro, L. (2012) Hispanoamérica o Latinoamérica

<sup>2</sup> (bis)

<sup>3</sup> Cela, C.J. (2001) II Congreso Internacional de Lengua Española, Valladolid.

Esta postura ya era sostenida por Ramón Menéndez Pidal (1918), quien afirma que el motivo que causa la preferencia por el más reciente vocablo de “Latinoamérica” frente al original “Hispanoamérica” es la falsa creencia de que cuando se usa el segundo se excluye a Brasil, creencia que es falsa por ser Hispania el nombre con el que se denominaba a todas las provincias de la Península Ibérica, incluyendo así Lusitania, la provincia Bética y la Tarraconense. También Miguel de Unamuno (1909) escribió siguiendo esta línea de pensamiento: «Digo Hispanidad y no Españolidad para atenerme al viejo concepto histórico-geográfico de Hispania, que abarca a toda la península ibérica».

Pues bien, si podemos afirmar que al decir *hispano* se incluye a todos los ibéricos, la única problemática se suscitaría en el ámbito francoparlante de las regiones hispanoamericanas. Cabe por tanto preguntarse por qué se considera que debería denominarse a la América hispana como *latina* por la -mínima- presencia de francoparlantes, pero no se origina el mismo debate en Canadá, donde el idioma co-oficial es el francés, siendo esta la primera lengua de más del 20% de la población. En este caso, nadie plantea el debate sobre si debería llamarse a los canadienses latinos. Menéndez Pidal también hizo algunas declaraciones al respecto, defendiendo que no podía darse tal relevancia a los francófonos de la región -que representan únicamente el 3% de la población- como para cambiar el nombre de todo el conjunto de naciones. Decía que «valdría como impugnar el adjetivo latina en vista de los elementos holandeses o daneses de la América antillana y meridional, o impugnar el nombre de América inglesa pensando en el elemento francés del Canadá»<sup>4</sup>

### III. ÁMBITO LINGÜÍSTICO

En segundo lugar, abordaremos la cuestión desde la corrección del uso del término latino en sí. Muchos defienden que Hispanoamérica debería llamarse latinoamérica porque las lenguas que se hablan en ella (español, portugués y -minoritariamente- francés) son provenientes del latín.

Sin embargo, existen muchos detractores de esta teoría. Uno de ellos es el ya mencionado Ramón Menéndez Pidal (1918) creador de la Escuela Filológica de España, quien defiende que cuando se denomina a países europeos como *latinos*, esto se hace en virtud de que nuestro idioma es derivado del latín. Sin embargo, resulta completamente “desmesurado” aplicar este mismo nombre a naciones cuya lengua no proviene del Lacio sino de la Península Ibérica, de Castilla y de Portugal. A diferencia de España, Italia o Francia, que recibieron sus lenguas del latín y es por ello propio denominarlas latinas, los países de Hispanoamérica recibieron idiomas hispánicos, es decir la lengua castellana y la portuguesa. Para una mayor corrección, habría que decir que estas lenguas ya no son latinas sino neolatinas.

---

<sup>4</sup> Menéndez Pidal, R. (1918, 2 enero). Nuestro título «América Latina» discutido por el Sr. Menéndez Pidal. Diario El Sol.

<sup>5</sup> Íbid.

Menéndez Pidal añadió que, al margen del ámbito lingüístico, racialmente era inaceptable que los españoles e hispanoamericanos fuesen denominados latinos, ya que los españoles no somos puramente latinos, sino el resultado de una mezcla de celtas, godos, latinos, íberos, vascos, etc. Y en el caso de los hispanoamericanos, a esa mezcla se suma lo indo.

Otro seguidor de esta argumentación es el ganador del Premio Cervantes Guillermo Cabrera Infante (1975) -de ascendencia cubana-, quien hizo la siguiente declaración: «¿Desde cuándo está la Roma antigua en México? ¿Y en Buenos Aires? ¿Quién germinó esa aberración?. En Paraguay, los indígenas ofician el guaraní y ¿desde cuándo o desde dónde hablan los indígenas el latín? o ¿hablan los lacandones mexicanos y guatemaltecos - que surgieron después de los mayas- el latín también? ¿Cómo llamar latinos a los metros de Cuba o de Brasil? Ellos no son Latinoamericanos».<sup>5</sup>

Resulta apropiado preguntarse, cómo llega entonces la denominación de *Latinoamérica* a la región y cuál fue la evolución que esta experimentó hasta alcanzar tanta difusión y aceptación como la que posee actualmente.

#### **IV. RAZONES POLÍTICO-ESTRATÉGICAS Y SOCIALES PARA LA EVOLUCIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LATINOAMÉRICA**

La llegada de “Latinoamérica” no puede atribuírsele a un solo hecho histórico o nación, sino que podríamos decir que resulta de una aspiración de los hispanoamericanos de “encontrar su sitio en el mundo” siendo engañados por diferentes naciones que le prometen dar una identidad y defenderla, pero cuyas intenciones reales se centran en absorber esta fuente de riquezas dentro de su propia nación. Este es el caso de Francia y Estados Unidos, cuyas estrategias pueden considerarse similares.

El término “Latina” para referirse a lo que durante toda la historia occidental había sido la América Española comienza a usarse con mayor difusión a partir del 1836. El principal promotor de este término es el sociólogo, economista y político francés Michel Chevalier. El vocablo surge de una intención expansionista-imperialista francesa, que pretende legitimar su intromisión en este nuevo marco político mediante la creación de una falsa relación e identidad -nunca antes existente- entre franceses e hispanoamericanos. Francia se erigía a sí misma como la principal referente de la cultura latina en Europa, como Chevalier, afirma: «En cuanto a las naciones europeas de la familia latina, supongo que nadie duda de la supremacía que debemos ejercer sobre ellas [...] Es notorio que somos los jefes de esa familia desde [tiempos de] Luis XIV; [...] Nuestra primogenitura la reconocen aquellos pueblos que la componen». Por ello, pretende que las élites hispanoamericanas -que admiraban a Francia por ser la nación moderna y liberal por excelencia- acogieran este vocablo, dotándola de una importancia y presencia en la región que nunca les había correspondido.

---

<sup>5</sup> Íbid.

Numerosas afirmaciones en las obras de Chevalier evidenciaban las verdaderas intenciones colonizadoras de Francia en la región, tales como la siguiente: «Francia me parece llamada a ejercer un fecundo y afable patronazgo sobre los pueblos de América del Sur que todavía no están en condiciones de bastarse a sí mismos». La difusión del término fue promovida por los liberales emigrados de París, quienes habían recibido la influencia de los utópicos-socialistas franceses. Los modernos liberales hispanoamericanos hispanóforos, como Francisco Bilbao Barquín, utilizaron este término para alejarse de la identificación con España, considerada una nación anticuada.

Además de sus propias intenciones de expansión, los franceses pretendían crear esta alianza con el fin de abrir un frente “panlatino” contra la posible expansión anglosajona de Estados Unidos, así como reducir la unión e importancia del decadente Imperio Español en aquel continente. El resentimiento de algunos hispanoamericanos contra los españoles llevó a un deseo de desligarse y repudiar todo lo que les uniera a ellos, lo cual favoreció la expansión del término.

Muchos hispanoamericanos creían que acogerse a su unión con Francia identificándose como latinos les protegería de Estados Unidos. Otros, sin embargo, temían las aspiraciones expansionistas francesas que finalmente se hicieron realidad en 1863, cuando Napoleón III aprovechó estratégicamente esa complacencia de algunas élites hispanoamericanas para llevar a cabo una intervención armada en México e instaurar la monarquía de los Habsburgo con Maximiliano I. Se pretendió envolver de un aire latino a este rey con el argumento de que el austríaco hablaba una lengua romance (retroromance) con el fin de legitimar su reinado como el reinado de los “latinos<sup>6</sup> franceses<sup>7</sup>”. No obstante, el rey fue ejecutado solo cuatro años más tarde, en 1867.

No debe pasarse por alto a quién aludían los liberales promotores del término cuando hablaban de *latinos*. Mientras que los españoles con la denominación *hispanoamericanos* hacían referencia a todos los habitantes del territorio (blancos, negros, mulatos o indígenas, sin distinción), los franceses utilizaban el término *latino* para referirse únicamente a aquellos viviendo en las antiguas colonias ibéricas, blancos de piel, especialmente con aspiraciones liberales. Dentro de las élites, existían dos tendencias ideológicas sobre asimilación cultural: *Monogenismo*, visión cristiana de que todos los seres humanos eran iguales y las diferencias raciales eran resultado del ambiente, y *poligenismo*, que defendía que las diferencias raciales eran biológicas. Esta segunda corriente, defendida con fuerza en Estados Unidos y Francia, dudaba de la posibilidad de la asimilación cultural y por ello, en 1850, al hablar de *raza latina* apelaba únicamente a la población blanca.

---

<sup>6</sup> En este caso utilizando latinos para referirse a los hispanoamericanos.

<sup>7</sup> Cervera, C. (2020) ¿Latinoamérica o Hispanoamérica? La guerra del lenguaje que ganó Francia, *El Debate de Hoy*.

Un ejemplo de ello es el diario mejicano *El Siglo XIX*, cuando uno de los principales promotores de la denominación latina para la raza hispanoamericana afirma que la raza blanca es la destinada a controlar el mundo. Para la generalidad de los liberales, *latino* reflejaba lazos de sangre con la sociedad europea mientras que *hispanoamericano* aludía a la mezcla de culturas con culturas que consideraban inferiores.

Otra prueba de esa creencia en la superioridad blanca que constituye la esencia original del término *latino* la evidencia una obra escrita por Arosemena, político colombiano que comenzó a aludir a la *raza latina* justo cuando la población “no-blanca” de Panamá en 1856 comenzó a desafiar el poder de las élites blancas. Entonces, Arosemena (1856) defendió que el desarrollo democrático debía ser liderado por una “democracia de la raza latina”, aludiendo así a una democracia no necesariamente restrictiva en derechos de los no-blancos pero sí liderada por las élites blancas. Afirmó que los «“no-blancos” podrían formar parte de su política latina siempre que fueran civilizados y no olvidaran su lugar»<sup>8</sup>. El intelectual hispanoamericano Sarmiento refleja muy bien este pensamiento elitista, al asociar el mundo indígena con la barbarie y a Europa y Estados Unidos con la civilización.

Paralelamente a la cuestión francesa, se producían las pretensiones expansionistas norteamericanas. Muchos hispanoamericanos creían que los valores estadounidenses de democracia, república, anti-colonialismo y anti-imperialismo reflejados en la Doctrina Monroe coincidían con aquellos a que aspiraban los hispanoamericanos. Gracias a esta “propaganda” los estadounidenses consiguieron que muchos liberales estuviesen dispuestos incluso a sacrificar su nación para ser absorbidos por el gigante norteamericano. Los Estados Unidos hicieron creer que defenderían la identidad hispanoamericana, protegiéndola de las invasiones europeas - como ocurrió en 1823- creencia que promovió el Presidente James Monroe con su frase «América para los americanos». Sin embargo, pronto los hispanoamericanos se dieron cuenta de que las intenciones de Estados Unidos en su territorio eran tan imperialistas como las europeas -o más- y muchos liberales defensores de la influencia estadounidense hasta el momento se convirtieron en opositores radicales de la influencia estadounidense en la región. Un ejemplo de estos es el chileno Juan Manuel Carrasco, quien entendió que la democracia estadounidense se basaba en la exterminación de las naciones más débiles (Carrasco, 1854). El escritor estadounidense George Fredrickson (1971), refleja en su obra *The Black Image in the White Mind* la creencia estadounidense de que la democracia solo podía ser llevada a cabo por las personas con unas cualidades hereditarias concretas, refiriéndose a las propias de su nación.

La consolidación del vocablo *latino* como identitario de la región se produce a partir de la década de 1850, cuando en 1856 el Presidente estadounidense Pierce, con la esperanza de conseguir votos para su próxima candidatura, reconoce y legitima el filibusterismo como estrategia expansiva, la cual había sido considerada violación flagrante de Derecho Internacional y condenada tanto por Europa como Hispanoamérica.

---

<sup>8</sup> Gobat, M. *The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race*, *The American Historical Review*, Volume 118, Issue 5, December 2013, Pages 1345-1375, <https://doi.org/10.1093/ahr/118.5.1345>

Esto ocurre después de que Walker -un reconocido expansionista estadounidense- se hiciera con el control de Nicaragua utilizando la mencionada estrategia en tan solo cinco meses. Los hispanoamericanos descubren entonces una verdadera necesidad de constituirse como bloque continental y reivindicar su identidad en contraposición a la americana, encontrando en el vocablo *latino* la identificación de Hispanoamérica como una entidad geopolítica. Manifestación de esto es el discurso del chileno Francisco Bilbao en París en 1856, invocando por primera vez en la historia la necesidad de defender *Latinoamérica*. Se pretende crear entonces una unión regional para la defensa de sus recursos naturales e industrias artesanales de los agresivos capitalistas, con la intención de convertirse en una unidad también económica, intención que fracasó y fue criticada por indigenistas, quienes defendían que la idea de *América Latina* basada en el racionalismo europeo no se correspondía con la realidad de las comunidades indígenas de la región.<sup>9</sup>


No obstante, no se puede eximir a España de responsabilidad en la evolución y consolidación del término *latino* en Hispanoamérica. La inacción española y el desinterés por apelar a la Historia común y recordar los lazos de Hispanidad que nos unen han contribuido a nuestro cuasi-destierro de un continente que fue tan español como Castilla. El motivo de esto lo podemos encontrar parcialmente en el resentimiento de muchos españoles hacia el régimen del General Francisco Franco. Puesto que durante el Franquismo se apeló mucho a la política exterior en aquel continente en virtud de la Hispanidad, muchos prefirieron sacrificar la Historia de nuestra nación y la unidad por un sentimiento de rencor. En numerosas ocasiones, en España no solo no se hizo nada para combatir ese olvido impuesto de nuestra presencia al otro lado del Atlántico sino que incluso se promovió. Algunos hispanistas, como Luis Pío Moa o Luis Martínez Campos escribieron cartas de queja al periódico *El País* ante el uso del término *Latinoamérica* en una de sus publicaciones. También Menéndez Pidal había escrito en su día una carta al diario de *El Sol*, argumentando la falta de lógica del uso del término *Latinoamérica* en sus artículos.

## V. CONCLUSIÓN

Como ha podido observarse en este trabajo, ni en el ámbito lingüístico ni en el geográfico existen argumentos sólidos para defender el uso del vocablo *latino* en detrimento del de *hispano*. Habiendo estudiado el proceso de evolución y consolidación del vocablo *latino*, resulta casi contradictorio el uso que se hace en la actualidad de él. Este término, que hoy pretende abanderarse de identitario y acogedor de la diversidad hispanoamericana, no es más que una imposición foránea, consecuencia de las acciones exteriores de unas naciones que veían Hispanoamérica como una mera fuente de riquezas de la que aprovecharse.

---

<sup>9</sup> Nahuelpan Moreno, H. J. (2007). El sueño de la identidad latinoamericana o la búsqueda de lo propio en lo ajeno. *Atenea* (Concepción), 495(ISSN 0718-0462), 157-164. <https://doi.org/10.4067/S0718-04622007000100009>




Además, existe en este término un sesgo cuya evidencia se ha aclarado a lo largo de la exposición, puesto que en su origen nace para identificar solo a una sección minoritaria de la población hispanoamericana: las élites modernas liberales blancas, excluyendo así gran parte de la realidad de la región. Este término es acogido en un primer momento por las élites con la aspiración de reafirmar unos lazos de “sangre pura” con las sociedades europeas despreciando, por ende, la cultura regional y tachándola de inferior. No surge del amor a la propia tierra sino al contrario. Este término es, en resumen, una creación artificial e infundada de países que no poseían lazos de unión con la realidad hispanoamericana y no representa ni la cultura ni la esencia de la región. Su llegada al continente se produce meramente por estrategias políticas e intereses económicos de potencias externas a quienes no preocupa convertir a Hispanoamérica en una sociedad huérfana y manipulada sin patria ni Historia, y por el apoyo del sector elitista que ve en este vocablo la reafirmación de su conexión con la Europa liberal y moderna, y consecuentemente, su diferenciación de las raíces nativas del continente.

Considero un tremendo error desligar a Hispanoamérica de su Historia. Toda nación surge de asentamientos, guerras, colonizaciones, mestizaje (...) Es por ello ilógico pretender excluir a Hispanoamérica de esta dinámica de creación del orden mundial. España recibe su nombre del asentamiento visigodo y Andalucía de la invasión musulmana y nadie reniega de ellos porque es parte de nuestra nación. Del mismo modo, cuando hablamos de *Hispanoamérica* hablamos de una entidad histórica con dignidad. Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo por los españoles, todos los territorios son acogidos como parte de la Corona Española y el respeto que la Reina de España profesa a esta región y los habitantes de ella queda claramente reflejado en su testamento. Este hecho, narrado y argumentado por numerosos historiadores tales como Bravo Lira, Guillermo Lohmann Villena y Roca Barea, se evidencia además en la creación de la Real Cédula (1570), el primer impreso del Virreinato de Perú (1584), el Real Decreto de 8 de julio de 1787 o la Real Orden del 22 de enero de 1809. Además, desde el primer momento, los hispanoamericanos fueron considerados españoles dignos de recibir el mayor tesoro de la sociedad española: la Fe católica. Esta región nace con una dignidad que tanto las Antillas francesas como las inglesas envidiarían.

Hispanoamérica implica mestizaje, nueva cultura, nueva realidad, motivo por el cual los liberales afrancesados despreciaban este vocablo. Como escribe Unamuno (1909): «Digo Hispanidad y no españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que ha hecho el alma terrena y a la vez celeste de Hispania, de Hesperia, de la península del Sol Poniente. Y quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio, con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad viva si no encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas».





Y como bien se describe en la Enciclopedia Ger: «Hispanoamérica es un concepto espiritual, cultural, socio-político, étnico y lingüístico perfectamente claro y preciso que engloba a todos los pueblos -hoy naciones- situados en el Nuevo Mundo, con raíz aborígen variada y diferente y que están aglutinados por un común denominador: español o hispánico, que les da unidad en su mentalidad, forma de vida e idiosincrasia»<sup>10</sup>.

Resulta un sinsentido, por tanto, que los hispanoamericanos de hoy opten por renunciar a toda su dignidad, raíces y esencia y enterrar el recuerdo de tantos nativos compatriotas que lucharon para mantenerse unidos a la Corona española -como el reconocido campesino quechua Antonio Huachaca- para acoger un vocablo que encierra desprecio, superioridad, elitismo y artificio anti-natural resultante de los tejemanejes de unos países con los que no comparten ni idioma ni Historia, ni cultura y que nunca tuvieron mayor interés en estas tierras que el económico. En palabras de Enrique Suárez Gaona «[América Latina] es uno de los grandes mitos de la historia contemporánea»<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Íbid.

<sup>11</sup> Calderón Quijano, J. A. (1990). ¿Por qué Hispanoamérica?. *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, 18, 109-121

## VI. BIBLIOGRAFÍA

- ABC. (2012, 19 diciembre). ¿Latinoamérica, Hispanoamérica o Iberoamérica?. Recuperado 25 de marzo de 2021, de [https://www.abc.es/cultura/abci-latinoamerica-hispanoamerica-iberoamerica-201212190000\\_noticia.html](https://www.abc.es/cultura/abci-latinoamerica-hispanoamerica-iberoamerica-201212190000_noticia.html)
- Boixo, J. C. G. (1984). Una cuestión terminológica: el nombre de Hispanoamérica. *Estudios Humanísticos. Filología*, (6), 67-82. Luis
- Calderón Quijano, J. A. (1990). ¿Por qué Hispanoamérica?. *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, 18, 109-121.
- Castro, L. (2013) *Hispanoamérica o Latinoamérica*.
- Cervera, C. (2020) ¿Latinoamérica o Hispanoamérica? La guerra del lenguaje que ganó Francia, *El Debate de Hoy*. <https://eldebatedehoy.es/noticia/historia/08/02/2020/latinoamerica-o-hispanoamerica/>
- De Hoces Íñiguez, I. (2020). *Dos cuestiones históricas fundamentales: El uso del término Hispanoamérica y el carácter no colonial de la América Hispánica*. *Revista Colombiana de Estudios Hispánicos*, 2(3), 67-91. Recuperado de [https://www.ahorainformacion.es/wp-content/uploads/2020/10/1a9d32\\_feb548d0144e44989050d0b588928b14-1.pdf](https://www.ahorainformacion.es/wp-content/uploads/2020/10/1a9d32_feb548d0144e44989050d0b588928b14-1.pdf)
- Gobat, M. *The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race*, *The American Historical Review*, Volume 118, Issue 5, December 2013, Pages 1345-1375, <https://doi.org/10.1093/ahr/118.5.1345>
- Nahuelpan Moreno, H. J. (2007). *El sueño de la identidad latinoamericana o la búsqueda de lo propio en lo ajeno*. *Atenea (Concepción)*, 495(ISSN 0718-0462), 157-164. <https://doi.org/10.4067/S0718-04622007000100009>.